

MAGDALENA

¿Qué pasa?

ISABEL

¡Hablad!

HANS

*(Apóstrofe inconsciente.)*

¡Vuestra España

da de sí!

UNA VOZ

¡Por el delito  
de amar la tierra en que estamos!

HANS

¡Nuestra patria!

BERTA

Han recorrido  
con armas todas las casas:  
llevan un negro rescripto  
y arrastran cuerda de presos  
por la comarca; los suizos,  
con sus alabardas, hacen  
saltar las puertas de quicio,  
entran la casa y separan  
á los padres de los hijos;  
hasta las mujeres prenden,  
cuando ellas quieren, con gritos,  
móver á los naturales  
contra España y sus designios.

MAGDALENA

¿Y esto dura?...

HANS

Hace tres días.

MAGDALENA

¿Y es la causa?...

HANS

Haber sabido  
España que, porque ansiamos  
romper de una vez los grillos  
con que nos atan las manos,  
todos nos hemos unido.  
Todo el Brabante hizo pacto  
de sangre; todos quisimos,  
como en tiempos del de Egmont,  
correr juntos el peligro.  
Hubo traidores, el pacto  
se ha descubierto y los suizos,  
á sueldo del español,  
se encargarán del castigo.

MAGDALENA

*(A Isabel.)*

¡Poco ha durado la paz!

BERTA

¡Señora!... ¡He visto dos hijos  
arrancarse de mis brazos  
para marchar al suplicio!

MAGDALENA

¡Horror!

HANS

Tenéis en las venas  
sangre de Godart; venimos  
en nombre de él y de Flandes,  
á reclamar vuestro auxilio.

MAGDALENA

Contad con él. Diego ignora...

BERTA

¡Señora, es Don Diego mismo  
quien se llevó, con sus lanzas,  
prisioneros á mis hijos!

MAGDALENA

*(Transición.)*

¡Callad!

ISABEL

*(Interviniendo, compadecida de  
Magdalena.)*

¡No la atormentéis!  
¡Salid afuera; el servicio  
que le pedís, ya estáis viendo  
que se lo niega el destino!

HANS

¡Afuera corre Don Diego  
la comarca con los suizos!

¡no queremos tener, viéndole,  
ocasión de maldecirlo!...

MAGDALENA

Callad, callad...

HANS

*(Enardeciéndose.)*

En la lengua  
que fué vuestra: en la que dimos  
el respeto á nuestros padres,  
la crianza á nuestros hijos;  
¡con las mismas maldiciones  
que de labios aprendimos  
de nuestro señor Juan Pablo  
contra el funesto enemigo!

ISABEL

*(A la mujer, con instancia su-  
prema y persuasiva.)*

¡Salid!

BERTA

¡Acogednos!

MAGDALENA

*(A su hermana.)*

¡Deja,  
que está cambiándose el hilo  
de mi vida; que me arrancan  
de un sueño largo sus gritos!

*(A Hans Bol: transfigurada, á  
punto de una resolución suprema;  
su hermana la sigue con ansiedad.)*

Decís que España os castiga;  
decís que Don Diego mismo  
con sus lanzas...

HANS

*(Interrumpiéndola.)*

Aun, viniendo,  
sobre el caballo le vimos,  
porque quedaban seis casas  
de rebeldes sin castigo;  
la mía entre ellas... ¡mi nombre  
va el último en el rescripto!

ISABEL

¡Huid!

HANS

*(Vivamente.)*

Los suizos nos cercan:  
¡no hay salvación!

MAGDALENA

*(Ironía terrible.)*

¿Y has venido,  
cobarde, á que una mujer  
te socorra en el peligro,  
ó á que la hija de Godart,  
contra ley, contra el destino,  
contra Dios, muestre, en sus hechos,  
la sangre de que ha nacido?

HANS

Soy de Flandes, llamo á Flandes,  
no hay más razón en mis gritos;  
vuestra mano, hecha de tierra,  
donde amasaron los siglos  
cenizas de vuestros viejos  
con sangre de sus martirios,  
puede sujetar el brazo  
sobre Flandes suspendido:  
si lo hacéis, labios os canten  
porque escalasteis un sitio  
en donde romper los hierros  
que nos tenían cautivos;  
si no lo hacéis...

*(Magdalena da un paso hacia el  
campesino como si quisiera sentir  
más cerca el fuego que brota de  
sus palabras.)*

ISABEL

*(Reteniéndola.)*

¡Magdalena!

MAGDALENA

*(Rechazándola, por Hans Bol.)*

Deja. ¡Mando que hable!

BERTA

*(Atemorizada, en voz muy débil.)*

¡Auxilio!

HANS

*(Encendido, transfigurado, frente á frente de la hija de Godart.)*

Si no lo hacéis, vuestro nombre  
quede en prenda á los nacidos,  
de cómo un amor impuro,  
corrompe linajes limpios;  
si no lo hacéis, estas canas,  
este horror, este mendigo,  
os hablen, en mí, de aquel  
que va por esos caminos,  
moviendo á Flandes en armas  
de un mal paso arrepentido;  
si no lo hacéis, contempladle  
como un último heroísmo  
le hace borrar vuestro nombre  
de su corazón; ¡el libro  
en donde guardan los padres  
la memoria de sus hijos!

ISABEL

¡Calla! ¿Quién eres?

HANS

¡Soy Flandes;  
me acosan, amparo os pido,  
y Juan Pablo en estos hombros  
puso sus brazos de amigo!

MAGDALENA

¡Basta ya! ¡Dios con nosotros,  
y seguidme! ¡Os doy asilo!

*(Tiene ella que obligarles á en-*

*trar en la casa por la puertecita  
pequeña; los infelices besan sus  
manos; queda en la escena Isabel  
Clara, aturdida. Durante la esce-  
na anterior, Magdalena habrá roto  
nerviosamente todas las flores. Isa-  
bel Clara aparta aquel despojo para  
sentarse; cautelosamente asoma por  
la puerta del fondo Mander.)*

MANDER

*(Sin gritar, con voz misteriosa.)*

¡Isabel Clara!

ISABEL

*(Con sobresalto.)*

¿Quién es?...

¡Mander!

MANDER

*(Imponiéndole silencio, con un  
dedo en los labios. La misma voz  
de antes.)*

¿El está en la casa?

ISABEL

No. ¿Sois también perseguido?

MANDER

Toda Flandes está en armas;  
mas no hablo de ello. Alguien llega  
que, hallándole, le pesará.

ISABEL

¿Mi padre?

MANDER

¡Silencio!

ISABEL

*(Sin poder contener un grito, corriendo á la puerta.)*

¡Padre!

*(Roto, envejecido, con cara de sufrimiento, de lucha y de fatiga; manchado el traje de fango de los caminos, la figura venerable y apocalíptica, aparece Juan Pablo, con la cabeza completamente blanca, en el marco de la puerta.)*

¡Padre mio!

*(Se arroja en sus brazos.)*

JUAN PABLO

¡Isabel Clara!

*(Pausa. Los dos están un rato abrazados.)*

MANDER

Bien, acercaos... Traedle, Isabel... que el tiempo falta; que sólo un instante debe permanecer en la casa para decirnos adiós.

*(Baja la voz.)*

Nos vienen siguiendo lanzas.

*(A Juan Pablo.)*

Sentaos; él no está aquí; descansad. Luego...

JUAN PABLO

No, basta:

pues aquí llegué, aquí quedo; la expiación es sobrada.

*(Pausa. A su hija, sonriendo.)*

Pasa del año, Isabel, que tus dos manos de gracia no pusieron sus jazmines en la nieve de mis canas.

*(Le besa las manos varias veces. Isabel estará en un escabel bajo, sentada á sus pies. Mander en pie, interviniendo á veces en el diálogo, y lo demás del tiempo vigilando las puertas, como quien tiene y da la sensación de un peligro inminente.)*

Hoy vi á tu madre... Ella ignora los peligros que amenazan; cuidadla... fué buena siempre, animosa, alegre, casta como en el cristal de un río la lumbre de la mañana; cuidadla... yo no me marcho sin cariños de dejarla.

ISABEL

Padre, no habléis de marcharos; esto pasará.

JUAN PABLO

Sí, pasan  
los sucesos y los hombres,  
¡y yo hice larga pasada!  
También he visto... á Albertino;  
tu pobre madre le guarda.  
¡Albertino!

ISABEL

Vuestro nieto.

JUAN PABLO

Mi hijo dos veces... Jugaba,  
metiendo en ellas las manos,  
con las hebras de mis barbas...  
«¡Qué río blanco!», decía;  
su cabezuela dorada  
desaparecía en ellas:  
«¡me cubre, me cubre el agua!...»

*(Vuelve á sonreír.)*

Y yo, inclinándome—el juego  
casi me ponía lágrimas—,  
le envolvía más, hundiéndole,  
anegándole en mis barbas:  
«¡Qué fría el agua, qué fría!...»

MANDER

*(Con intención.)*

¡Bien pudo lavar la mancha  
de su origen!

JUAN PABLO

*(Reconvención profunda y dolorida.)*

¡Mander, Mander!  
¿A qué tan pobres palabras?

*(A Isabel, con intimidad otra vez.)*

Ha crecido... al separarnos,  
me hizo juegos con la espada;  
¡ya tiene un gesto con ella!

MANDER

¡Flandes verá si lo para!

JUAN PABLO

*(Lo mismo que antes.)*

Mander... ¡me cierro á escucharte!  
Tan sólo hay odio en tu alma.

*(Pausa: después de una mirada circular; á Isabel, con temor y con cariño al mismo tiempo.)*

¿Y Magdalena?

ISABEL

*(Haciendo rápido gesto de incorporarse.)*

¿La llamo,

señor?

JUAN PABLO

*(Timidez de viejo.)*

No, después; aguarda.

*(La acaricia á ella.)*

Ello es que yo, por lavar  
la afrenta que imaginaba  
haber hecho á nuestra tierra  
desde que acogí al de España,  
los últimos años míos  
los dí enteros á mi patria...  
Mander me ayudó... ¿verdad?

*(Mander asiente sonriendo.)*

¡La hacienda ha sido larga!  
Hoy nos persiguen... ¡no importa!,  
la tierra queda sobrada;  
de punta á punta, el Condado  
vuelve á levantarse en armas:  
si mal hice, en bien lo torno;  
si falté, mi sangre paga.

ISABEL

*(Tomándole las manos, con sollozos.)*

¡Padre!

JUAN PABLO

¡No, lágrimas, no!  
Nos vienen siguiendo lanzas;  
traen mi sentencia; no pude  
pasar de largo esta casa,  
estando en ella vosotras,  
sin entrar á que me hablarais...

MANDER

*(Interviniendo, con intención.)*

Yo insté; que, siendo Don Diego  
del Consejo, por España,  
logre acaso Magdalena  
moverle á otorgaros gracia.

JUAN PABLO

*(Serenamente.)*

No, Mander; hoy ya no pongas  
fingimiento en tus palabras:  
tú me has hecho entrar aquí  
por doblez, porque esperabas  
que, al sentirse Magdalena  
culpable de mi desgracia,  
trocando el amor en odio,  
lo echara á Don Diego en cara.  
Yo te conozco.

MANDER

Señor,  
vuestra acusación me extraña.

JUAN PABLO

Deja... Tú esperas vivir,  
mi muerte ya está cercana  
y el odio es cenizas cuando  
va el alma á salir en llamas.

MANDER

Repito que Magdalena,

si bien quisiera, lograra  
del Consejo de Justicia,  
para su padre, la gracia.

JUAN PABLO

¡Y yo digo que soy yo  
quien no quiere y la rechaza!  
Bastante he vivido; fuerzas  
para presenciar me faltan  
cómo, corriendo, la sangre  
de mi pueblo, á todos mancha.  
Cansado estoy de llevar  
juntos, á un tiempo, en el alma,  
un amor que aquí me trae  
y un odio que me separa.  
¡Corre á Montigny á decirle  
que se acerque con sus lanzas;  
no será un reo el que entregue  
con cadenas á su España;  
será un viejo que, aliviado,  
por sus manos, de su carga,  
¡sonreirá para darle,  
con sus despojos, las gracias!

*(Magdalena ha aparecido en la  
pequeña puerta; su padre, de es-  
paldas á ella, no puede verla. Ella  
escucha sus últimas palabras y se  
detiene para reaccionar enérgica-  
mente y comprender la situación.)*

MAGDALENA

¡Padre mío!

JUAN PABLO

*(Poniéndose en pie, con un esfuer-  
zo supremo.)*

¡Magdalena!

*(Corre ella, dispuesta á caer á sus  
pies; Juan Pablo, queriendo evitar-  
lo, dice):*

¡A mis brazos!

MAGDALENA

*(Arrodillándose.)*

¡A tus plantas!

*(Manda é Isabel, con inquietud  
visible y cambiando palabras en  
voz baja, salen por la parte del  
fondo para estar al corriente de lo  
que pasa afuera.)*

JUAN PABLO

Pues queda en ellas el tiempo  
que tarda una bendición  
en pasar á las de un padre,  
desde las manos de Dios.  
Mucho en tu amor he sufrido;  
pero era tanto mi amor  
que, cuando debió acabarse,  
por no hacerlo, me acabó.  
Muy viejo estoy; y hoy los mozos  
ya no sois de nuestra pro,  
ni entendedís como nosotros  
los deberes y el honor.  
Pasan años, cambian vidas